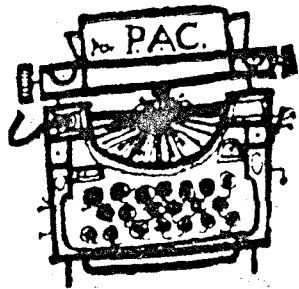


escrito a máquina



# La Hora de Job

Esta semana me llegó un libro de esos de población densa (porque hay libros despoblados que se atraviesan como un desierto, en una aridez sólo premiada al final), un libro antológico que reúne cerca de veinte textos de grandes pensadores —católicos, ateos, humanistas— sobre el libro de Job, “uno de los mejores libros jamás escritos”, como afirmó Carlyle y que forma parte del cuerpo de la Biblia (1). En Job “por primera vez una indagación humana se reviste de palabras” y esa indagación es sobre el problema del sufrimiento, (del sufrimiento del inocente, sobre todo), problema que permanentemente atrae al hombre —con el vértigo de su abismo infranqueable— o lo subleja. Gran parte del ateísmo actual (que ya se le planteó como tentación a Job) es la respuesta a ese problema. Por eso el libro se llama “La hora de Job”. Porque nuestro tiempo, que tuvo un comienzo de siglo “increíblemente dichoso y confiado en el crecer constante de la felicidad, ha sido precipitado al infierno de las guerras mundiales asesinas”, de grandes poderes opresores, de torturas, hambres, terrorismo, angustias económicas, “de la amenaza total que configura cierto aspecto de la técnica, de la soledad irremediable de la sociedad de masas” y la hora de Job ha sonado para nosotros”.

Podemos ser ateos. Podemos creer, como ciertos antropólogos que todos los valores son relativos. Podemos afirmar que sólo nos interesan las leyes y procesos de la economía, de la historia, la política o la ciencia. Esto no impedirá que el libro de Job nos informe, y acaso nos transforme de modo radical, al plantearnos un problema fundamental de la existencia humana. Job nos coloca frente a la suprema interrogación: ¿por qué el hombre, aunque sea justo o recto o bueno, sufre? —En otras palabras: no tiene sentido confiar en que podría lograrse un mundo perfecto sólo con que los hombres fuesen fieles a Dios, o al Estado o a la Ciencia. El sufrimiento nos desbarata —con la misma arbitrariedad que un terremoto— todo paraíso en la tierra.

Si existe Dios ¿por qué permite que sufra el inocente? Si no existe Dios ¿por qué tenemos idea de justicia, de bien y de mal, en vez de actuar como la ciega naturaleza que produce indecibles y arbitrarios sufrimientos, crueldades inenarrables con sus terremotos, enfermedades y desastres?

He ahí el problema que nos propone la Biblia en la figura de Job. Pero ¿quién es Job? —Un idumeo, un hombre santo que no pertenece ni a la raza ni a la religión de Israel. Un hombre recto y bueno, con familia, con bienes, con salud. De pronto es puesto a prueba. Todo lo que tiene lo pierde —hijos, familia, tierras— y para colmo se llena de úlceras malignas de la cabeza a los pies. Job se transforma en el varón de dolores. Job acepta la prueba con heróica fidelidad a Dios, pero en su pecho se clava la taladrante interrogación: ¿por qué Dios, si es justo, permite que el justo sufra? —Sus amigos que llegan a verle, en vez de consolarlo, lanzan contra él esta terrible réplica —tan típica en la maledicencia popular—: “Esto es castigo de Dios. Tú eres un hipócrita. Dios castiga tus pecados”. Pero Job se examina y dice: yo no he pecado. Pero una cosa afirmo: que Dios trata mal al inocente como al impío. Y Job interroga a Dios. Job reclama a Dios. Blasfema en su dolor. Exige a Dios que explique por qué lo trata así. Job no sabe que puede existir “otra” vida. El sufre en “ésta” vida y aunque existiera otra vida eso no explica por qué él —justo y amigo de Dios— sufre lo que sufre, mientras el impío, el

malo, el criminal encuentran prosperidad.

Job es un sufriente que no reniega de Dios pero que no se queda callado y que lo reta: “Llámame y yo te responderé; o si no, permíteme que yo hable, y respóndeme Tú”. Lo más insoportable para Job es el silencio de Dios.

Y tal es su clamor herido que Dios se le manifiesta. Pero en el extraordinario poema, el formidable desenlace, es que Dios habla, pero no responde a las preguntas de Job sino que le plantea a su vez —con la divina violencia de una tempestad— otras preguntas. “En vez de demostrarle a Job que ese mundo desconcertante es explicable, Dios insiste en hacerle ver que es un mundo mucho más extraño de lo que Job jamás imaginó. Dios le hace ver a Job la vastedad del cosmos, le sugiere la espléndida e inabarcable dimensión de sus problemas y la pequeñez de la inteligencia humana y de su alcance. Con cierta ironía no le dice a Job que cese de dudar, sino, como observa Chesterton, que continúe dudando, que dude un poco más, que dude todos los días de nuevas y dispares cosas en el universo, hasta que, por fin, por una extraña iluminación, pueda empezar a dudar de sí mismo”.

Es cuando el hombre duda de sí mismo, es cuando acepta que existe el misterio cuando, por paradoja, comienza a aclararse ese mismo misterio. El gran poeta que escribió el Libro de Job nos hace sentir esto de una manera poéticamente misteriosa. Dios no le aclara a Job su problema en términos lógicos, pero Job que no encontraba consuelo alguno antes de hablar con Dios, después de dialogar con Dios encuentra ese consuelo y es feliz. ¿Qué ha pasado? Al sumergirse en el misterio de Dios ha encontrado “algo”. Dios no le ha contestado o mejor dicho Dios siempre sobrepasa y Job siente la imponente presencia de algo demasiado grandioso para ser enunciado.

En el gran misterio que el patriarca idumeo quería despejar con argumentos humanos, Job no sabía que él mismo, preguntando en su sufrimiento y su dolor, estaba prefigurando proféticamente su propia respuesta: que él, el justo sufriente, el varón de dolores, era la imagen de Cristo, que debía de venir a encarnar la gran respuesta.

Es decir, en el misterio del sufrimiento Job es la pregunta y Cristo es la respuesta. “Cuando Jesús, despojado de sus vestidos, cubierto de golpes, sumido en la ignominia, está frente al tribunal de Pilato, no es a Isaac, ni a Moisés, ni a David a quien nos recuerda. Jesús trasciende la prefiguración del judaísmo. Pilato tiene razón al decir: “Ecce Homo” —He ahí al hombre—. Cristo es la humanidad misma reducida a la desnudez de su trágica condición. Y es Job su más perfecto anticipo.

Algo ha sucedido en el dominio de Dios cuando es su propio Hijo el que asume —en carne viva— la terrible experiencia de Job y es su mismo Hijo el que grita, colgado en una cruz, con el grito de Job: “Padre Mío ¿por qué me has abandonado?”. El experimento de crear al hombre ha comprometido a Dios hasta el fondo. Ahora si Dios responde a las preguntas de Job y sin embargo, el enigma en vez de solucionarse, más bien crece. Si Dios es justo, si más que justo, Dios es Amor y si quien ahora asume el sufrimiento del hombre es la inocencia misma —su Hijo mismo— lo único que cabe es admitir que Dios es un misterio y que el hombre también lo es y que el sufrimiento tiene un misterioso significado.

¿Sólo eso?

No.

El misterio no queda cerrado y opresor sino abierto y esperanzador porque ese Cristo —abriendo a todos la puerta de la muer-

te— RESUCITA. En la resurrección percibimos el revés de la trama del sufrimiento. LA RESURRECCION LEVANTA EL VELLO AL SUFRIMIENTO Y NOS MUESTRA SU VALOR REDENTOR. El sufrimiento no puede aceptarse, de la misma manera que no puede explicarse. Si el amor es causa de que alguien asuma el sufrimiento, el amor sólo es digno de ser amado, y su objetivo final es poner fin al dolor. LA RESURRECCION DE CRISTO ES LA RESPUESTA SUPREMA AL DOLOR DEL SUFRIMIENTO Y NOS MUESTRA SU VALOR REDENTOR.

La resurrección no solamente nos garantiza la victoria final sobre el sufrimiento, sino que impele a luchar contra el dolor y el sufrimiento en este mundo por medio del amor. Todo movimiento en favor del hombre —de su liberación, de su salud, de su bienestar, de su defensa y de sus derechos— está promovido por ese hecho fundamental de la Esperanza que es la Resurrección.

PABLO ANTONIO CUADRA

[1] “LA HORA DE JOB” - ensayos de Leo Baeck, Martin Buber, León Roth, Jean Daniélou - Ernest Renán - H.H. Rowley, J.G. Herder, Jostah Royce, Paul Weiss, Gilbert Murray, Arthur Peake, Rudolf Otto, G.K. Chesterton, James Conant, Sean P. Fallick, Archibald MacLish, Søren Kierkegaard, [Monte Avila Editores, Venezuela].